

DON JUAN Y SUS AVATARES⁽¹⁾

por BLANCA DE LOS RIOS

EN los umbrales del III Centenario de la muerte de Tirso es hora de evocar sus obras-cumbres. De ellas, la más universalizada es el «Don Juan», al cual creo haber incluido por primera vez entre «los grandes mitos de la Edad Moderna» (*Don Quijote, Don Juan, Segismundo, Hamlet y Fausto*). Y la universalidad del eterno mito de Tirso es tal, que hoy se habla de Don Juan como de Don Quijote, sin nombrar a su autor, al cual se rinde con ello el mayor de los homenajes: el de reconocer a una de sus criaturas estéticas fuero de ciudadanía, personalidad independiente y propia.

No nació *Don Juan* por generación espontánea; sus orígenes alcanzan a la Biblia; y fué Menéndez y Pelayo quien señaló la primera aparición de la filosofía amorosa del Burlador en el «Cariófilo», de la *Comedia Eufrosina*, de Ferreira de Vasconcelos (2); y quien mostró la derivación de la *Comedia Pródiga*, de Luis de Miranda, dramatización profana de la parábola del hijo pródigo, como imitación del *filiol pródigo*, de Cechi. Y de tales precedentes procedió el «Tenorio bíblico», de Téllez, el pródigo Libero, de *Tanto es lo de más como lo de menos*. Pero anterior a Libe-

(1) Aunque esa palabra no se halla en el Diccionario de la Real Academia Española, me atrevo a emplearla por haberlo hecho Menéndez y Pelayo a propósito del «Don Juan» en el prólogo a mi libro *Del Siglo de Oro*.

(2) *Orígenes de la Novela*, tomo III. Introducción, pág. 239.

rio, en la producción de Téllez, es el Duque de Calabria, de *La Niña del Cielo* (1613), y el Duque y su criado Roberto son los dos primeros cabos de *Don Juan*, y Catalinón, en el teatro de Tirso, a los cuales siguen los dos Comendadores donjuanescos de la segunda *Santa Juana* y de *La Dama del Olivar*, con sus correspondientes lacayos, truhanes y sermoneadores, como Catalinón. Y, por último, el Don Luis de la tercera *Santa Juana* (1614), comedia donde están ya todos los elementos donjuanescos y el grupo de personajes que iban a integrar al *Burlador*: el padre amoroso y condescendiente, el mozo libertino y altanero retador del Cielo y de su padre, que, suplantando la personalidad de un amigo, le roba la dama, como Tenorio al Duque Octavio, el criado cómplice en seducciones; y la intervención de lo sobrenatural, en la aparición del alma del galán, compañero de locuras moceriles de Don Luis, que viene a avisarle de los tormentos que pasa «por libre y por descortés a su padre»; y para hacérselos sentir le toma una mano, y del contacto de ambas palmas brota una llama. Don Luis grita:

—*¡Ay, que me abraso y me quemó,
no sólo la mano y palma,
sino el alma! ¡Morir temo!*

Voz:

—*¡Hombre, que os avisa un alma!
¡Mudad el vicioso extremo!*

Estas apariciones conminatorias, como la del Comendador en el *Don Juan*, y la sombra del clérigo, en *El Infanzón*, son rasgos de la misma pluma. El interrogatorio de Don Luis al alma aparecida es igual al de Don Juan a la estatua del Comendador. Don Luis pregunta al aparecido si se halla «entre almas gloriosas, o entre condenados», como Don Juan pregunta a la estatua:

—*¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?*

Si Menéndez y Pelayo, que, reconociendo la semejanza, rayana en identidad, entre las escenas maravillosas de *El Burlador* y *El Rey Don Pedro en Madrid*, al cotejarlas entre sí, y con *Dineros son calidad* (que es un plagio tardío y calderoniano de *El Burlador* y *El Infanzón*), buscaba en el teatro de Tirso, para dirimir el pleito de la atribución de *El Rey Don Pedro* entre Lope y Téllez, otra escena sobrenatural, hubiera visto en la tercera *Santa Juana*, comedia autógrafa y firmada por Tirso en 1614, diez y nueve años antes de aparecer *Dinero son calidad*, la escena entre Don Luis y el alma de su amigo, hubiera encontrado en ella «la prueba material y externa» (3) que pedía para resolver en pro de Téllez el pleito de *El Rey Don Pedro en Madrid*.

Estos diálogos de los enviados de Dios con los pecadores llevan la firma de Fray Gabriel Téllez. *Don Juan* estaba ya en potencia en su mente; más aún: estaba en cuatro acabados bocetos en su teatro; un paso más, y *Don Juan* nacería en Sevilla, «ante el modelo vivo», cuando Tirso, camino de la isla Española, «vió» por las encrucijadas moras de la ciudad, a la luz de algún retablo, centellear el acero quimerista de Tenorio.

No hubo ambiente más propicio para engendrar «Donjuanes» que aquella Sevilla, desembarcadero del oro de América y foco de todas las seducciones, que por el anverso era tentación y voluptuosidad, y por el reverso, desengaño y escarmiento; la Sevilla de Mañara y de Valdés Leal. Y era imposible que Tirso, el hacedor de personajes símbolos, pasara por Sevilla sin apoderarse de las dos magnas figuras que llenaban la ciudad: *Don Juan* y *el Rey Don Pedro*. Don Juan es el símbolo de la rebeldía de la carne fulminada por la Justicia de Dios, y no podía nacer sino del cerebro de un fraile teólogo y psicólogo, y a quien inquietaba como a ningún dramático el destino eterno de sus criaturas inventadas.

A propósito del *Don Juan* de Molière, dijo Menéndez y Pelayo que «era imposible tocar al tipo creado por el glorioso fraile de la Merced sin que algo del fuego interno que lo anima pasara a

(3) *Obras de Lope de Vega*. Edición académica, tomo IX.

(4) *Historia de las Ideas Estéticas*, tomo V, págs. 73-76.

la mente del imitador» (4). Y por ese fuego interno que lo anima el mito de Tirso persistió y se propagó en sus inúmeros avatares por toda la tierra.

Gendarme de Beville, a pesar de ser francés, y por tanto partidario de Molière y muy distante del espíritu católico de Tirso, escribió con verdadero acierto, a propósito de *Don Juan*: «Cada una de sus encarnaciones no hará de él sino un individuo diferente en una misma especie» (5).

Reconocer la persistencia del tipo de *Don Juan* a través de sus múltiples reencarnaciones, es reconocer a Tirso la virtud de haber creado un mito de arte que se renueva perennemente y pervive en todos los países y en todos los tiempos.

Y esta perennidad y difusión por todo el mundo sólo dos criaturas de arte la han logrado: *Don Quijote* y *Don Juan*. *Don Quijote*, siempre igual a sí mismo; *Don Juan*, en perpetua transigración. Mas con tan inalterable persistencia, que ha logrado la eternidad de los dioses helénicos; sin perder su carácter de mito cristiano, porque las raíces de su multitudinaria genealogía arrancan de la mente del fraile de la Merced. Por eso *Don Juan* es un hombre, pero de la estirpe de los símbolos; es un símbolo, pero de la casta de los hombres.

Ya dijo Menéndez y Pelayo del *Don Juan* que es «la obra romántica donde el elemento sobrenatural penetra con más arrojo en el campo de la realidad» (6). Y ése es el secreto de la perennidad del *Don Juan* y de *El condenado por desconfiado*: la penetración de lo sobrenatural en lo real; en esa confluencia apocalíptica se engendraron las obras magnas de Tirso; de aquí su arrolladora fuerza de verdad y su escalofriante soplo del «más allá» perdurable.

El eterno mito de Tirso, propagado en Italia por Cicognini, Perrucci, Giliberti y otros; imitado por Molière, por Tomás Corneille, por Goldoni, por Byron, por Hoffman..., por generaciones de artistas en todos los países, alcanzó su más alta expresión estética en la soberana ópera de Mozart. En manos de Zorrilla, *Don*

(5) *La légende de Don Juan*, par Georges Gendarme de Beville. París, 1906.
(6) *Historia de las Ideas Estéticas*, tomo V, págs. 73-76. Ed. de 1901.

Juan, trocado en fanfarrón de libertinaje y homicidios, muerto impenitente y salvado por la herética doctrina de la redención por el amor profano, perdió su nimbo de ejemplaridad católica, pero envuelto en un torrente de arrogancia y de poesía, nos arrebató el aplauso frenético y vuelve anualmente a nuestra Escena como una efemérides nacional. El *fuego interno* que anima la creación de Tirso sigue prendiendo en perennes avatares.

NOTA.—Aunque la intervención de la estatua vengadora del Comendador determina el trágico fin de *Don Juan* y decide de sus destinos eternos, de propósito no trato en este artículo de la leyenda del *Convidado de piedra*, porque el relato de las estatuas, esqueletos y calaveras animadas y de los convites macabros, mencionados por el doctor Farinelli y por otros insignes escritores, llenaría volúmenes, y aquí sólo hablo de «*Don Juan* y sus avatares».